

UN
CUENTO
PARA LA
PASCUA



BARBARA GREENYER

No dude en compartir el enlace de este libro electrónico con sus amigos. Se puede publicar o compartir el enlace o hacer una impresión parcial o completa del texto, no obstante, favor de no hacer modificación alguna o publicar u ofrecer copias del libro electrónico para descarga en sitios aparte de la lista abajo o por otro servicio de descargas. Si desea obtener copias múltiples o reimprimir partes del texto en un boletín o publicación, favor de atender las siguientes restricciones:

- No se permite la reproducción de ningún material con fines lucrativos.
- Debe incluirse la siguiente advertencia: “Copyright 2011 por The Plough Publishing House. Usado con permiso.”

Este libro electrónico es una publicación de Plough Publishing House, Rifton, NY 12471 USA (www.plough.com) y Robertsbridge, East Sussex, TN32 5DR, UK

Copyright © 2012 Plough Publishing House Rifton, NY 12471 USA

Un cuento para la Pascua

Barbara Greenyer

El niño, Jacobo, dirigió a su padre bajando la ladera pedregosa que se extendía desde Jericó en la valle, hasta Jerusalén sobre la montaña. Su padre, Ezra, quedó ciego al nacer. Desde la madrugada hasta el anochecer de cada día, se sentaba en una roca, siempre la misma roca, rogando por comida o dinero a los peregrinos en el camino. Algunos días eran escasos los peregrinos y solamente recibía pocos denarios, pero hoy había varios grupos viajando a Jerusalén para celebrar la Pascua.

Jacobo dejó a su padre y subió la ladera otra vez, al lugar donde cuidaba al rebaño de su vecino. Jacobo vivía con su padre Ezra, su madre Anna y sus hermanitos en una casucha cerca de la aldea Bethpage. Eran muy pobres, a veces no tenían nada más que un puñado de arroz en toda la casa.

Jacobo pasó todo el día en el campo cuidando las ovejas y los corderos recién nacidos. Era casi el anochecer cuando se dio cuenta de que faltaba un cordero. La oveja madre balaba lastimosamente y Jacobo salió en busca de la pequeña que se había extraviado de su madre. Cuando la halló ya era tarde y el sol se ponía detrás de la ciudad de Jerusalén. Bajó la ladera con saltos rápidos para regresar a casa con su padre.

Llegó al camino y corrió sobre el polvo y las piedras hacia la roca donde su padre siempre le esperaba, pero cuando llegó, ¡la roca estaba vacía! ¡Su padre no estaba ahí! Jacobo se detuvo, temblando de temor. ¿Había tratado papá de regresar sólo a casa, escalando la colina llena de rocas y espinos? Se le ocurrió algo peor: ¿Lo atacaron unos ladrones al ciego indefenso, robaron su dinero y lo tiraron a un precipicio? Entonces Jacobo levantó su mirada y vio a un hombre acercándose a él por el camino de Jerusalén. Caminaba erguido, pisando con cuidado pero también con decisión y protegiendo sus ojos como de una luz brillantísima. Parecía ser alguien digno de confianza y Jacobo se acercó para pedir su ayuda. Entonces, cuando se juntaron, Jacobo se paró sorprendido. ¡Era su padre, Ezra!

“Jacobo,” llamó Ezra, “¡Puedo ver! Estaba por el camino, escuchando a la gente que pasaba, y oí decir que venía Jesús de Nazaret, así le llamé por su nombre. ‘¿Qué quieres?’ él me preguntó. ‘Maestro, quiero ver,’ le dije. Entonces, hijo, me tocó en los ojos y lento, muy lentamente empecé a ver: primero sólo sombras, entonces personas, y arboles, y colinas— ¡todo! Seguí a la muchedumbre que caminaba para Jerusalén, deseando verlo. Lo tenía que hacer, Jacobo. Pero él se perdió entre la gente y yo tenía que regresar. Jacobo, ¿fue él el Mesías esperado? ¿El hombre que me dio la vista?

¿Fue él el Mesías esperado? Jacobo y su padre ascendieron lentamente el camino pedregoso a su casa, preguntándose.

¡Qué alegría en la casa de Jacobo esa noche! Jacobo pasó los siguientes días mostrando a su padre las ovejas y los corderos y todas las flores en la colina. Le mostró las estrellas por la noche y le indicó las torres de Jerusalén. “Es tan bueno el Señor” dijo Ezra.

Unos días después, llegó la fiesta de la Pascua, y aunque apenas tenían con qué celebrar, sus corazones se rebosaron con gratitud a Dios.

“Quiero ir a Jerusalén en busca de Jesús,” dijo Jacobo.

Su padre Ezra lo miró y dijo: “Pienso que tú debes ir, Jacobo. Debes buscar a Jesús y darle gracias por todos nosotros.”

“Te vas después del sábado,” dijo su madre Anna.

Muy temprano el domingo, la mañana después del sábado, Jacobo salió para Jerusalén. Ya había mucha gente en la calle de la ciudad, pero él siguió a un grupo de peregrinos y pronto llegó al atrio del templo. Se detuvo entre el tumulto de gritos, cantos y regateo. El niño se desconcertó. ¿Dónde iba a encontrar a Jesús?

Entonces fue a un fariseo pasando por la multitud en dirección al santuario. Y le rogó, “Por favor, ¿dónde puedo encontrar a Jesús de Nazaret?”

El alto y orgulloso hombre miró hacia abajo. “¿Quién eres tú?” preguntó al niño.

“Soy Jacobo, hijo de Ezra, y busco Jesús de Nazaret.”

El fariseo lo tomó del brazo y lo llevó a un rincón sin ruido atrás de una columna. “Jacobo,” dijo, “no se debe ni mencionar ese nombre en el Templo. Aquel hombre ha sido azotado y crucificado por el gobernador romano. Y no hay más que decir.”

“Pero,” replicó Jacobo, “A mi padre le dio la vista.”

“Jacobo hijo de Ezra,” dijo el orgulloso fariseo, “vete a casa y no cuentes eso nunca a nadie.” Lo empujó en dirección a la salida.

El niño salió del templo sollozando, y con los ojos llenos de lágrimas corrió y corrió a tropezones y sin dirección por las calles de Jerusalén, hasta que chocó con alguien. Cuando recobró el aliento, se halló en los brazos de una mujer.

“¿Qué te molesta, hijo?” ella le preguntó. Jacobo miró su cara llena de cariño y le contó todo.

Dulcemente, ella tomó su mano y le guio a su casa, donde había otras mujeres, y cuando terminó la cena que ella ofreció, dijo, “Sí, es verdad que la guardia romana llevó a nuestro Jesús, lo azotó y lo crucificó, pero sabemos que él fue el tan esperado Mesías. Hoy, cuando nuestras hermanas fueron al lugar de entierro, descubrieron que habían quitado la piedra que cubría el sepulcro. Un ángel estaba allí, y les dijo que Jesús había resucitado de entre los

muertos, exactamente como él prometió. Es cierto que Jesús resucitó, y lo hemos visto y él nos habló. Jacobo, dile a tu padre que Jesús, quien le quitó su ceguera, fue el prometido Hijo de Dios.”

“Si hubiera estado allí, habría luchado por Jesús,” dijo Jacobo.

“Hijo, todavía puedes luchar por él, pero no con armas contra los romanos. Sólo puedes luchar por él con amor, como él nos enseñó.”

Al oír estas palabras, las lágrimas de Jacobo se convirtieron en alegría. Fuera de la ciudad de Jerusalén, lejos de la multitud trastornada, escandalosa y aglomerada en angostas calles; descendiendo por el camino, subiendo y bajando la colinita, Jacobo se apuró para contarles a su padre Ezra y a su madre Anna todo lo que había oído.

Para más e-libros gratis y artículos nuevos, visite <http://www.plough.com>.